

¡¡Lo que Cambian Los Tiempos!!

EM Ariza

Freeditorial 

Aquel día me desperté temprano –a eso de las diez y media de la mañana– inquieto por los pensamientos y reflexiones que me había producido la lectura de la Biblia, que por insistente recomendación de Zoilo había iniciado hacia poco, y que, para colmo, incluía el ejercicio lector de los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo.

He de confesar que aún estoy intentando recuperarme del esfuerzo que he necesitado desplegar para afrontar con valor tan gigantesco desafío. Me refiero al reto que supone leer un libro como la Biblia... Mejor dicho, al reto que supone leer un libro.

A lo peor usted es uno de esos que al analizar lo que estoy diciendo mueve la cabeza con reprobación, acompañado por un gesto de desprecio, porque mi hazaña no le parece digna de mérito alguno. Pues si su comportamiento ha sido de esta guisa permítame manifestarle que no lo puedo compartir con usted, porque pasar de los titulares deportivos –que es la única lectura que hasta ahora anduvo cerca de mí– a la Biblia, es como cambiar de golpe del hielo al fuego, o de la cumbre del Everest al mar más profundo, o del caviar a las lentejas, o de los zapatos italianos a las playera, o del esmoquin al chándal... En fin... He agotado mi capacidad para construir analogismos, pero usted ya me entiende.

Sea como fuese he de reconocer que muchas cosas me han llamado la atención en esta nueva experiencia que es la lectura. La primera sorpresa lo supuso descubrir que haya gente capaz de escribir tantas letras sin hacer mención a noticia deportiva alguna. Pero aún más me ha sorprendido el inesperado descubrimiento de que nuestro idioma tuviese tantas palabras con las que poder rellenar tantas páginas. ¡Quién lo hubiera dicho! “*¿Tantas utiliza la gente para hablar?*” –me pregunté reflexivamente a mí mismo. La verdad es que no lo veo claro; habré de consultarlo y ya puede imaginar a quién.

Pero por no entretenerle más, y continuando con el deseo de compartir esta novedosa experiencia con usted, en resumen, la cosa consistió en que comencé mi práctica lectora con la Biblia por sugerencia de Zoilo, aunque confieso que en ciertos momentos de dudas cometo el sacrilegio de preguntarme si estuvo acertado en que este fuese un buen inicio para dicha práctica lectora. Pero, en fin, el que sabe, sabe; y Zoilo... sabe mucho. Así que no deberá estar equivocado en su consejo.

Me puse a ello, y con mi ampliamente reconocida agudeza de análisis pronto descubrí en dicho libro cuestiones tan curiosas como delicadas. Para no andarme por las ramas le señalaré algunas de ellas con el único objeto de que usted pueda establecer sus propios juicios.

En un pasaje cuenta la Biblia que Dios, un buen día, ordenó a un señor llamado Abrahán que le ofreciese su único hijo Isaac en sacrificio. Sin discutir, Abrahán –es decir, el padre del niño– llevó a Isaac –es decir, el niño del padre– a la cima de un monte, cuyo nombre no recuerdo, donde ató a su hijo e inmediatamente levantó el cuchillo para sacrificarlo como Dios le había ordenado.

Menos mal que la historia terminó bien porque en el último instante un ángel lo detuvo, al parecer por considerar Dios que Abrahán había superado la prueba de lealtad.

“*Lo que cambian los tiempos*”, pensé. Si en la actualidad cualquiera de nosotros viera a Abrahán levantando el cuchillo contra su hijo llamaríamos inmediatamente a la policía, lucharíamos por detenerlo, e incluso aunque después le viéramos bajar el cuchillo para desistir de su empeño esperaríamos que la policía lo detuviera por intento de asesinato y los servicios sociales le quitara la custodia del niño. En cambio, en la Biblia, a Abrahán lo aplauden como a uno de los grandes profetas.

¡Cómo cambian los tiempos, ser héroe o delincuente solo depende de la época que te haya tocado vivir!

Pero sigamos. Otro pasaje que leí con atención fue el que hace referencia a cuando Moisés fue de excursión a una montaña para recibir los Mandamientos de Dios, y que como eran muchos los escribió en una tabla para no olvidarlos.

Al parecer se entretuvo más de la cuenta allí arriba y, cuando volvió, la mayor parte del pueblo de Israel –seguramente aburrido de la espera– se divertía en una fiesta en plan apoteósico. Es decir, se dedicaban a beber, cantar, bailar y a tener todo tipo de relaciones unos con otros, intercambio de fluidos incluidos. O sea, lo que sucede actualmente en cualquier exitosa discoteca de moda.

Pues bien, Moisés cuando bajó de la montaña y los vio en ese plan dice la Biblia que montó en el que debe ser el caballo más famoso y longevo de todos los tiempos – Cólera–, les soltó una bronca frenética y les amenazó con grandes castigos, al tiempo que en un ataque de ira destruía todo lo que iba encontrando, inclusive las tablas con los Diez Mandamientos al pegar con ellas a más de un pecador en la cabeza.

“*¡Cómo cambian los tiempos!*” –volví a pensar. Hoy cualquiera que hubiese puesto en marcha un garito con ese nivel de éxito sería reconocido y aclamado como un gran emprendedor, en vez de ser acusado de sacrilegio y abroncado; e, indudablemente, pondría una suculenta demanda a Moisés por los daños y perjuicios ocasionados durante su ataque de furor.

Pero aquí no acaba la cosa pues también en el Nuevo Testamento encontré algunos asuntos que me preocupan. De hecho estoy intentando memorizarlos para, en cuanto tenga ocasión, comentarlos con Zoilo y que éste me dé las respuestas adecuadas.

En cualquier caso, querido lector, me va a permitir que le abra mi mente para expresarle aquellas cosas que me sorprendieron e inquietan.

No sé si usted está enterado de que la Virgen María tuvo un hijo y a pesar de ello seguía siendo virgen. Convendrá conmigo que la comprensión de este fenómeno supera todas las mentes, probablemente salvo la de Zoilo que tiene todas las repuestas a cualquier pregunta porque lee muchos libros. A la mía, desde luego, he de confesar que la desborda con creces.

Al parecer, más o menos, el asunto transcurrió de la siguiente forma: un ángel le dijo a María que se iba a quedar embarazada del hijo de Dios y así sucedió. El problema estuvo –pues hay que reconocer que eso no pasa todos los días– que cuando más tarde su marido José se enteró de dicho embarazo cogió un sordo disgusto por ciertas discrepancias de fechas que le hacían dudar sobre la paternidad del niño.

Murmurando andaba el buen hombre por las polvorientas calles de su pueblo allá en Judea, y algunos que le oyeron juraban que le habían oído maldecir entre dientes cosas del siguiente estilo: “*¡A mí me tenía que pasar!... ¡Quién lo hubiese dicho con lo casta que parecía!...¡Qué he hecho yo para merecer esto!*”

Pero he aquí que un buen día se le presentó otro ángel, o un arcángel –no sé cuál es la diferencia–, explicándole detalladamente que el embarazo de María había sido por obra y gracia del Espíritu Santo, y que nada tuvo que ver varón alguno.

Por desgracia el Nuevo Testamento no describe la cara que se le quedó a José cuando oyó esta *razonable* explicación, aunque no es difícil suponerla. Pero, en fin, parece ser que para el buen carpintero aquello supuso una explicación perfectamente lógica pues, a partir de ese instante, dejó de vagar por las calles y dejó de murmurar renegando de su suerte.

“*¡Cómo cambian los tiempos!*” tuve que volver a pensar, pues si eso hubiese sucedido en la actualidad José se hubiera dirigido directamente a un despacho de abogados especializados en divorcios; se hubiese separado de María rápidamente, y todo ello tras la correspondiente bronca doméstica. En cambio él lo aceptó como la cosa más natural, porque supongo que en aquellos tiempos debía ser de lo más frecuente que el Espíritu Santo fuese por ahí embarazando a señoras, y ellas pariesen hijos producto de esta unión manteniendo íntegra la virginidad.

No obstante he de decirle confidencialmente que todo esto me parece un lío, así que me propongo lo más rápidamente posible consultar a Zoilo al respecto.

Hay otra cuestión que aún me desconcierta más que la anterior y que me plantea algunos interrogantes de profundo calado, los cuales no quiero dejar de compartir con usted.

Veamos, todos sabemos que Jesús es Hombre y Dios, y que en su calidad de esto último era

conocedor de lo que el futuro le deparaba. Igualmente todos sabemos que fue crucificado y muerto en la cruz por los romanos incitados por los judíos. Así que surgen en mí las siguientes reflexiones: Si conocía el futuro sabía que lo iban a matar. Si sabía que lo iban a matar ¿por qué no lo evitó? Si no lo evitó ¿ante qué nos encontramos?

Por otro lado, si aceptamos que suicidio no significa matar a un suizo, sino que es matarse uno mismo, ¿quiere decir que en realidad Jesús se suicidó pues pudiéndolo evitar no impidió su propia muerte?

¡Cómo cambian los tiempos! Hoy el suicidio, o la tentativa de suicidio, es un delito perseguido por la ley. En cambio antiguamente te encumbraba a la categoría de Dios.

En conclusión, todo esto es más de lo que mi cerebro puede procesar, así que me temo que me hace falta una sesión intensiva y urgente con Zoilo para intentar comprender estos complejos dilemas.

En cualquier caso he de reconocer que la experiencia lectora solo me ha traído problemas al darme algunas respuestas –pocas–, pero creándome muchas y nuevas dudas que antes, cuando era un feliz iletrado, no tenía.

Me parece que voy a volver a los titulares deportivos.

EM Ariza

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es